

burla y pensó, pues no le valía otra cosa, de engañarle por buenas razones, e dixo:

-Por cierto, señor cavallero, la más graciosa caça avéis hecho que nunca vi.

-Más os lo pareciera, -dixo él-, si llevara vuestro cavallo.

-Ésse os daré yo de buena voluntad, -dixo él-, con tal que me prestéis uno de los que os di con que torne a mi compañía, y de allá os lo embiaré, el más pagado de vós que lo fui en mi vida de cavallero.

-Más quisiera, -dixo él-, que me dexárades satisfecho que no que vos quedéis pagado. Que dessa manera que dezís yo no quiero tan presto la paga d'el recibo que tenéis de mí, porque no quitéis de vós la sandez que hezistes con tal gasto y no dexéis a mí con el alcance de tal sandez. Basta que os dexo maestro

para que de la suerte que yo os cacé vós podáis caçar a otro y cevaros en su cavallo, pues el vuestro de vuestras manos e mis uñas se ha salido.

-¿Qué? ¿Todavía, -dixo don Rogel-, me queréis dexar a pie?

-Y aun todavía os dexaré, -dixo él-, que tornéis assí. Que pues tan servidor sois de donzellas, pues ellas vienen siguiendo sus palafrenes a pie, desmesura haríades en dexarlas assí, viniendo vós a cavallo. Y porque las otras tres que lleváades se puedan comedir con las que hallastes, quedad aquí, que yo quiero ir por sus palafrenes. Y porque sé que es muy enojosa la tardança al que aguarda, yo me daré en ello la priessa que veréis. Que yo os prometo, que si no me voy por otro camino, de ser con vós antes que sea noche (cap. clxiii, ff. 212r-v).

## 10. FLORISEL DE NIQUEA (IV)

(xi libro amadisiano)  
de Feliciano de Silva  
(1532)

por  
Javier Martín Lalanda

### TESTIMONIOS

[1] Salamanca, Andrés de Portonaris, 1551 (15 de diciembre) [→]

[2] Zaragoza, Pierrez de la Floresta, 1568

### TEXTOS

#### 1. Arquilea y Polifebo, ambos disfrazados de pastores, cantan una bucólica ante Arquisidea

Una noche que fresco hazía ya que el resplandeciente sol avía acaba-

do su jornada, y la hermosa Diana con sus templados rayos con gran hermosura por cima de los mares y tierras se mostrava, la muy hermosa Arquisidea con número de muchas hachas a la fuente vino, y puesta de la manera de la prime-

**BIBLIOGRAFÍA:** Eisenberg-Marín, n° 1480. **ESTUDIOS:** Cravens (1976) y Sales (1995).

ra vez en su silla, muy apartadas las hachas por el calor, Arquileo con los otros pastores llegaron ante ella, y Poliphebo comenzó la bucólica en esta manera:

P[OLIPHEBO]: Si el fuego con que tu corazón, ¡o, Arquileo!, es abrasado te pone algún sosiego, ruégote que pues las sombras de los árboles con el silencio de la aves con la templada luz de Diana nos da lugar, tú me cantes no la muerte de Dannis más la de Arquileo, pues por más fuerte la tengo, por parte de dexarte la vida pastora, que apacienta el ganado, de lo que ella es perdido en tu corazón.

AR[QUILEO]: ¡O, Poliphebo! ¿Qué me pides? Pues yo sé dezir cosa que no me ofenda y ofenda a la pastora que apacienta en mis entrañas los ganados de mis dolores. Ni la luz de Diana la pone en mis tinieblas, ni mis calores se pueden templar con las sombras, que todas las ramas de los olmos de mi esperanza están agostadas. El callar de los chirriados de las aves no me dan lugar en el ruido de la dulçura de los cantares de la mi dulce pastora.

P: ¡Ay, Arquileo!, el escusarte me pone mayor desseo de te oír.

AR: Y a mí me lo quita, el que tengo para sabello dezir, en la falta del dezillo.

P: Yo no tengo vaso con esculturas que te dar, ni cabra con cabrito y leche por precio de lo que te pido; mas tengo, ¡o, Arquileo!, aparejada la atención para consuelo de mis males en los cantares de los tuyos. ¡O, mi Arquileo!, que lo que no supieres dezir, en la razón de tu mal se suplirá.

AR: El consuelo de tu mal con el mío me demanda, lo que mi saber niega. Y por tanto oye, que hazer quiero y hago lo que pides.

Y como esto dixo, comienza a hazer tantas y tales diferencias de harpa que a la emperatriz hizo maravillar y a las que lo oían, y con grande dulçura comenzó a cantar assí diziendo:

*Árboles de las montañas  
y aires muy delicados  
templad las fuerças y sañas.  
Al salir de mis entrañas  
mis cantares ensalçados,  
las serenas  
callen con sus cantilenas,  
y las aves  
con sus cantos tan suaves  
y oyan los de mis penas.*

*Los mares ensordecidos  
cessen, de herir las rocas,  
adormezcan sus sonidos  
porque todos dan oídos  
a mis passiones no pocas;  
a mis males  
vengan los lobos cervales;  
por lo seco  
de las rocas salga el eco  
con mis vozes immortales.*

*Y tú, mi dea excelente,  
más que de Venus figura  
de lo passado y presente,  
entre los dioses y gente  
el cabo de hermosura.  
Oye dea,  
y tu grandeza no crea  
las endechas,  
que del poder de tus flechas  
yo contaré en mi pelea.*

*So los olmos assentado,  
en el mes de mayo un día,  
muy cogido mi ganado,  
rodeado y apriscado  
que por las sombras pacía,  
con dulçores  
beviendo y pastando flores  
adesora  
salió el sol de mi pastora,  
que me abrasó con amores.*

*Como yo vi el sol salido  
con un claror tan de veras,  
fue mi ganado esparzido  
sin más poder ser metido  
debaxo las solombreras.  
No rumiava*

*cosa alguna, ni pastava  
con mis robos;  
pensava que vía los lobos,  
pues sin ellos se espantava.*

*Con los sospiros desechos  
del fuego de mis desmayos  
encerrados en mis pechos  
haya por los barbechos  
como a sonido de rayos.  
Y en mis males  
yo busqué los piçarrales  
do venía  
el agua y de alto caía,  
llorando junto mis males.*

*Mis entrañas se encendían  
con llamas de amor secretas,  
y más que la xara ardían,  
y en mi obscuridad corrían  
como clines de cometas.*

*Con dolores  
calandrias, ni ruiseñores  
no me davan  
deseando cuando cantavan,  
ni alegría ver las flores.*

*Para matar mi calor  
buscava con sed las fuentes  
y hallando su frescor  
d'ellas y de su sabor  
beviendo perdía las mentes.  
Toda seña  
me espeluzava la greña  
y en calores  
atenazava en temblorea  
de frío como cigüeña.*

*Aqueste rabioso Amor  
por los bosques y cabañas  
me traía sin color,  
con hastío y sin sabor  
de bellotas y castañas.  
Por vedados  
me prendavan los ganados,  
de manera  
que ellos y yo por do quiera  
ivamos descarriados.*

*Aborrecí las gúitaras,  
albogues y caramillos  
y las sombras de las parras*

*y el cantar de las chicharras  
en las siestas y los grillos,  
y buscava  
la soledad por do andava  
y huía  
de toda la compañía  
por estar con quien estava.*

*En mis fríos y temblores,  
su tormenta tan sin calma  
no sentía en mis amores  
pensando que mis dolores  
los sentía en mi alma  
como estava.*

*En mí siempre yo pensava  
allí luego  
que en mí pastora en tal fuego  
juntamente se quemava.*

*Y como en mi fantasía  
la mirava en tal calor,  
mi remedio le pedía  
porque con tal compañía  
no la tomasse el dolor,  
mas lo cierto  
es de aqueste desconcierto  
no hablar  
por tanto quiero callar  
porque me juzguéis por muerto.*

*Esto es mi dea y señora  
lo menos de mi tristura,  
que en mi alma siempre mora  
que no se compara agora  
si no es a tu hermosura,  
que no siento  
fuera del mal que te cuento  
yo ballar,  
que se pueda a ti igualar  
sino solo mi tormento.*

*Del cual por muerto juzgado  
de bubos en mis señales  
he sido mucho llorado;  
de animales aullado  
con aullidos mortales  
mis amores;  
ya que agostadas las flores  
y los prados  
de mis ojos muy regados  
los produzían mayores.*

*Por tanto quiero callar,  
 jó, amigo Políphebo!  
 Este mi fuego sin par,  
 que si más quiero cantar  
 aquí nos nacerá, Políphebo,  
 con que acabo  
 mi dea y más no te alabo,  
 pues que sé  
 que en tus loores y fe  
 estoy al principio y cabo.  
 Altas sierras ensalzadas,  
 por fin os ruego en clamor  
 que seáis así nevadas,  
 dentro en mi pecho lançadas  
 para templar su calor.  
 Y a ti luego  
 invoco, Vulcano, y ruego  
 sin desvío  
 vengas a templar el frío  
 que siento junto en el fuego.*

Y con esto dio fin a su bucólica dexando a la emperatriz y a todos muy contentos. (cap. xiv, ff. 12v-13v).

## **2. Arquileo combate “en calças y jubón pastoril” contra el jayán Bravosón**

Cerca de aquella parte en que Arquisidea estaba, avía una Ínsula llamada Artadafa, en la cual era señor el más bravo y esquivo jayán que en todas las Islas Orientales se halla, llamado Bravosón. Éste por oídos de la hermosura de Arquisidea pareciéndole que otro en el mundo no merecía casar con ella sino él, quiso pedilla por muger, y antes que la pidiese, mostralle el valor de su persona, para que por él ella holgase de tomalle por marido. Y a esta causa fue así, que como supo que los palacios de Arquisidea guardavan los cuatro sagitarios que os diximos, pensó él que todos cuatro no le pudieran durar en campo, según su grandeza y valentía, y que para

esto el iría a donde Arquisidea estaba diciendo quererla ver; y al que se lo resistiese llegarlo a la dura muerte y que muertos los cuatro sagitarios, la emperatriz quedaría d'él tan pagada, que quisiese casar con él, donde no que su mucha guarda no sería parte de estorvalle a su sola persona de traella consigo, y que teniéndola en su poder, muy ligeramente, avría todo el imperio. Y con tal sanchez y sobervia, guarneció una nao y vino al valle de Lumberque (que así avía nombre el lugar donde Arquisidea estaba), y saliendo solo en tierra con armas tan fuertes, cuales les pedía su grandeza, subió en un cavallo tan poderoso con una lança muy gruessa de grande y limpio hierro y con un escudo a su cuello con un imagen como la de Arquisidea en él pintada. Y con mandar a los suyos que atendiesen su mandado, entró por el valle y se puso ante los palacios de Arquisidea, a tiempo que Arquisidea y los pastores eran venidos a aguardar la hora de la música, una hora antes de la postura de el sol. Y dize Galerfis que, como el gigante ante ellos pareció, que a mucha priessa se hizo señal de tomar armas, con la cual una hermosa donzella, llamada Platira, Duquesa de Gasten, que era general de la guarda de la emperatriz, en un punto hizo poner toda la guarda en el muro, y al ruido los cuatro espantables sagitarios acudieron con tanta saña, que parecía por las vistas de las celadas lançar espesso humo, y al gigante no pesó de vellos todos juntos, tanto era su orgullo; los cuales denodadamente para él se vinieron y él para ellos, y con sus fuertes arcos en su escudo lançaron cuatro flechas, las cuales en el escudo del jayán quedaron metidas. Mas él encontró a uno de los sagitarios con su lança de tal encuentro, que falseado el escudete, que ligero traía por causa del arco, atravessados los pechos lo puso en tierra muerto. Y a esta hora la emperatriz

estaba en lo alto de la torre mirando la batalla con mucho enojo de lo que vía, y a la sazón con los cuchillos desnudos los sagitarios con el jayán se juntaron y parecía una gran herrería, según los golpes con que su brava batalla se hacía. Arquileo los mirava, pareciéndole las más brava batalla que visto uviessse. Mas mucho le vale al jayán las flacas armas de los sagitarios, que por aprovecharse de los arcos traían, los cuales no pudieron contra su gran valentía, porque antes de media hora, todos tres los puso en tierra, tullidos y muertos, que, como los cuatro sagitarios se vencieron del todo, con un alarido de la guarda de la emperatriz de todas partes de los muros y torres tanto número de flechas sobre el jayán comenzó a llover que, muerto el cavallo en un punto con él vino al suelo, del cual él muy presto saltó y las saetas que davan en él, recudían sus armas, como una dura peña. Y teniendo por acabado su hecho, para la puerta del palacio se fue; mas antes de ella a Arquileo halló quitado el gaván, en calças y jubón pastoril, que el escudo y cuchillo de el primer sagitario muerto tenía en sus manos, que, como el jayán llegó, él con tanto esfuerzo como si de todas sus armas estuviera armado, diziéndole:

-Tente bestia mala descomedida, que no tiene tan ligera la entrada como piensas.

Y diole de las manos con el pomo y escudo juntamente, con tanta fuerza que una pieza para tras le hizo ir, y cayera si una mano en el suelo no pusiera, dexando a la emperatriz y a todas las de su guarda espantadas, que por no matar a Arquileo, no osavan tirar con los arcos. De el jayán os digo que con mucha saña diziendo:

-Vil, chica y miserable cosa, aguarda, que si aguardares, tú pagarás tu locura y sobrado atrevimiento.

El cuchillo alto fue para él, pensando de hazello dos partes. Mas Arquileo, como no era nuevo en aquel menester, y en la ligereza no tuviesse par, salta al través como una onça, hurtándole el golpe que fue tal que el cuchillo hasta la mitad por el suelo fue soterrado. Y como él vio el jayán detenerse un poco por lo sacar, soltó el escudo, que en la siniestra tenía, y con ambas manos con tanta fuerza, que con el peso de el cuchillo no prestó armadura que tuviesse para que todas la pierna por cima la rodilla no fuesse cortada, cayendo el jayán, que pareció una torre dando un doloroso bramido, quedando el cuchillo metido por tierra y con la gran caída que dio, el yelmo se le cayó de la cabeça, que, aún no le fue quitado, cuando Arquileo de otro golpe en la garganta le hirió assí que la [ca]beça le hizo rodar gran pieza, con tanto gozo y espanto de la emperatriz y todas sus mugeres, quanto de parecelles que no fueran parte para resistir al jayán todas devían tener por lo ver muerto. La emperatriz llamó luego a su general Platira y díxole:

-Duquesa Platira, ve luego y trae aquí al pastor Arquileo para dalle las gracias y mercedes que merece por tal servicio, pues no menos que de mi estado hoy me ha hecho.

Luego la duquesa baxó abaxo y halló a Arquileo que lo tenía rodeado Sarpentarea y toda su escuadra con otras más de ciento de la guarda, todas las espadas desnudas y, blandiéndolas en torno d'él con grande alegría. Y él tenía la cabeça del jayán muy espantable en la punta del gran cuchillo puesta por la garganta arriado sobre su pecho derecho levantada en alto, que, como la duquesa llegó, y le dio el mandado de la emperatriz, teniendo por mayor gloria tal favor que la del grande y hazñoso hecho en su vida hizo, la duquesa tomó por la mano y lo llevó por los grandes y hermosos palacios. (cap. xv, ff. 14-15r).